

Puelles Romero, L.: *Imágenes sin mundo. Modernidad y extrañamiento*, Madrid: Abada, 2017, 230 pp.

Alejandro Rojas Jiménez
Universidad de Málaga

La historia de la filosofía, si entendemos por ello ese especial “montaje de piezas” que durante la época dorada de la filosofía especulativa de la historia (las de Herder, Kant, Hegel o Comte) se gestó sobre aquella idea fundamental de *Humanität* herderiana, se construye ensamblando piezas que sólo cuando se han juntado cobran sentido. Piezas sin puzle, que desconectadas dejan de existir como piezas y retornan ilógicas a su espacio sin mundo. Esa filosofía especulativa de la historia, continuación romántica de la idea ilustrada de progreso, construye la imagen de un mundo occidental como estado natural de un proceso histórico de evolución de la *Menschheit*. Aunque dicha imagen todavía persiste en los que ven la ciencia actual como cumbre del “proceso de educación de la humanidad”, que diría Herder, desde el siglo XX esta imagen se ha ido desvaneciendo, primero con las filosofías críticas de la historia y posteriormente con la llamada posmodernidad.

Quizás fue Heidegger el primero en advertir que esa imagen era sólo eso, una imagen. La imagen de una época, que se caracterizaría por ser la época de la imagen del mundo, quiero decir, la época en la que la romántica occidente se reconoce en su imagen. Las piezas de este mundo son fácilmente reconocibles por desgastadas: la de humanidad, progreso, Europa... Piezas que no tenían lugar en la vieja *civitas Dei* agustiniana, ni en la Roma de Tito Livio, ni siquiera dentro de la realización histórica del reino de Dios en Joaquín de Fiore. No existían de ningún modo para Platón ni para Aristóteles. Y seguramente no nos sirvan ya hoy, en plena post-historia. Si no se quiere ser tan contundente como Lyotard, al menos es innegable desde Husserl que Europa, su universalidad, ha entrado como mínimo en crisis. Heidegger, que es el enemigo de la historia occidental, para el escándalo de los “buenísimos” que avisan que no debería tener de hecho cabida en “su” particular y honorable historia del pensamiento occidental, era mucho más contundente que su estricto maestro:

nuestro mundo, para él, es sólo nuestra imagen de él, el resultado de una hábil colección que nadie ha orquestado de piezas sin puzle.

Digo todo esto porque me parece que este libro que reseño, publicado por Abada y magistralmente redactado por Luis Puelles, es –no sólo un genial libro de estética y teoría de las artes–, sino un libro en general para todos los que hemos experimentado el desvanecimiento del mundo. No es de ningún modo tampoco un libro de ética y moral que analice el desastre o nos ayude a escapar de la intemperie de esa angustiada existencia sin mundo en el que nos hemos visto arrojados, sino un libro que continúa la estela de *Verdad y Método* de Gadamer, donde la experiencia estética (también lo hará a su modo Heidegger en su *Origen de la obra de arte*) se convierte en el único lugar en el que aprender a ver los restos desmoronados tras la desaparición del mundo. Ya en 1927 éste era el tema fundamental de la filosofía. ¿Qué le ocurre al ser-en-el-mundo cuando desaparece el mundo? ¿Qué cuándo se queda a solas con sus imágenes? ¿Qué cuándo se vuelven opacas? ¿Qué cuándo estamos a la intemperie sin el refugio del reconocimiento cotidiano de las imágenes en su mundanidad?

El libro de Puelles es por ello a su vez un auténtico libro de aquella cosa (no deja de ser otra imagen más) que llaman filosofía pura (*reine Philosophie*). Tras la estela de *Verdad y método*, se sirve de la experiencia estética para pensar lo dado cuando ya no puede ser experimentado desde la correspondencia. El filósofo del siglo XXI debe adiestrarse en la contemplación de las cosas sin el puzle, bombardeado, en el que se hacían reconocibles a costa de desaparecer como tales cosas. El grito fenomenológico de ¡a las cosas mismas! tornado en un ¡a las imágenes mismas! –pues eso es lo que son las cosas sin su mundo, meras imágenes– es el reto de este peculiar libro, que se me antoja una estética filosofía de la historia en la época de la posthistoria. Un libro pues de filosofía de la historia a la altura del desmoronamiento del romántico occidente, estado final del progreso de la humanidad.

La tarea que se propone Luis es pues sublime. Atrae a la par que asusta: frente a la conformista y cobarde actitud naturalista que caen en el simulacro de las imágenes dejándose seducir ante el vértigo del abismo que nos amenaza, Luis Puelles se atreve (con la misma valentía con la que Kant o Dilthey se aventuraban a crear nuevos espacios de conocimiento posibles) a enfrentarse a las imágenes sin el cobijo del puzle mundano. Su empresa es pues fantasmagórica, un regreso a la cueva y su oscuridad que puede escandalizar a los más puros. Sólo desde esa cueva, de la que quería huir la filosofía en sus inicios cazando las falsas imágenes, es posible escribir este libro: destapando los miedos sobre los que se construye la idea de occidente; dejando escapar –emerger– los fantasmas. Testimoniando históricamente a través de imágenes “la desrealización progresiva

del mundo”. Puesto que el arte contemporáneo se ha realizado aboliendo lo real, si el filósofo del siglo XXI quiere aprender a ver el mundo tras la caída de su imagen, no le queda otra que adiestrarse primero en la experiencia estética para reaprender allí el fenómeno de la comparecencia y del desocultamiento, de la *aletheia*. *Imágenes sin mundo* es, lo diré una vez más, un paso más en la tarea de aprender a entender –en la estela de *Verdad y Método*– qué son las cosas cuando han perdido el mundo (cfr. p.39).

Existe todo un proceso de liberación que Luis Puelles, en la primera parte del libro, analiza históricamente. Un proceso en el que las poéticas de la irreconocibilidad del siglo XIX hacen que las imágenes artísticas se liberasen de la significación mediante estrategias de extrañamiento. Es el caso inicial de las naturalezas muertas, auténtica expresión de un mundo objetualizado y reducido a imagen, pero también de la obstrucción lógica de la representación de lo grotesco, de la proliferación entre los siglos XIV y XVII de la imaginería melancólica acerca de la expulsión del Paraíso, de la representación de la pérdida del mundo en Dürer y Cranach, de la ciudad deshabitada de Daguerre, de la imagen espectral de Chirico o la apología “empirista” de la insustancialidad del mundo en Chardin.... Momentos que desembocan en la suspensión de la “existencia real” como criterio legitimante del fenómeno; convertido ya irremediamente en fantasma. Un fantasma que no aparece por ser una imagen débil e irreconocible, sino a causa del extremo objetivismo. Sirva de ejemplo el *dedo gordo del pié* de Boffard o las *Adiantum pedatum* de Blossfeldt. Estas imágenes, extraídas del mundo para ser miradas “quietas” (que diría Schopenhauer) ocupan a Luis Puelles en esta primera parte.

En la segunda parte analiza el modo en el que ese extrañamiento actúa contra la distancia protectora del observador que experimenta cómo su conciencia del mundo es suplantada por imágenes sin mundo: en los ataques al espectador efectuados por Magritte o en el desprecio del retratado en favor del ropaje en el *Napoleón I* de Ingres, se pueden ver cómo las imágenes se sublevan. Se vuelven irreverentes, indecorosas, hasta hacerse, como en Manet, excesivamente patentes a costa de su inteligibilidad. Se vuelven *Disparates*, pierden suelo (como en el *Escaparate de una sombrería*, de Talbot), y llegan a volverse siniestras, ilocalizables, fantasmagóricas. La realidad, como en *La montaña de Sainte-Victoire vista desde Bibémus* de Cézanne, se desdibuja, se vuelve pura sensorialidad, se deshumaniza –al desligarse de los signos de significación– hasta volverse imprevisible, como las *cajas ante un espejo* de Spilliaert o *el enigma del oráculo* de Chirico. Las imágenes se vuelven pues profanas y desacogedoras, misteriosamente cotidianas; sin acogimiento de la representación. Y así, el final de este intenso curso de filosofía de la historia (cfr. p. 207) tras la muerte de la historia –si así podemos entender este magistral recorrido

por las imágenes sin mundo de Luis Puelles—, acaba necesariamente con comentarios a los collage de Ernst, a *El placer (muchacha comiendo un pájaro)* de Magritte, a *Los valores personales*, *El retrato* o *La llave de los sueños*, también de Magritte, es decir, comentarios a la imagen que desorienta, que rompe con la familiaridad, el surrealismo. A estas imágenes debería acudir el filósofo del siglo XXI si quiere seguir pensando, haciendo filosofía, una vez que el mundo, el gran mundo, es reconocido como una imagen construida con piezas que ya no encajan hoy, cuando a fuerza de desapegos, desvelos y disonancias la filosofía se ha visto, como Truman (maravillosa Coda del autor al final de este precioso libro), pensando “contra las imágenes que todo lo ocupan y todo lo suplantán”.